

VERSIONANDO EL SUR:

Una ciudad luminosa

Por **BLANCA**

*Debemos buscar largamente aquéllo que nos causa placer
pero mucho más aquello que nos causa dolor.*

Colette

Me marché a trabajar a Madrid como auxiliar administrativa de una inmobiliaria, de la cadena multinacional Best Western. Tenía una compañera de piso islandesa. Como buena persona meridional, pierdo los papeles con cualquier atributo nórdico, así que caí fulminantemente enamorada de Aniko. Aniko tenía una piel prácticamente traslúcida y unas vías lácteas de lunares oscuros – no pecas – constelaban sus piernas y su espalda. Pero pronto descubrí que estaba metida en asuntos turbios. Una mañana recibí una visita. Eran dos tipos, un dinámico abogado, más joven que yo y un tipo al que llamaban Il Viudo, que decían venir de parte de Leopoldo. El abogado empezó a hablar de pagos atrasados. Mi actitud se limitó a un incesante encogerse de hombros y a decir que mejor lo hablaran todo con Aniko. Eso es lo que pensaban hacer, por lo que me hicieron esperar su llegada sentada en el sillón del salón y con un cordón metálico al cuello. Yo sólo podía asentir y suplicar con los ojos. Il Viudo me tenía presa, pistola en mano dentro de mi boca.

- ¿Dónde está?
- Se fue a vivir a Kansas City. Viene una vez al mes.
- ¿Es tu novia?
- Lo ha sido.

La explicación no pareció convencerles pero funcionó, porque decidieron marcharse. Cuando Aniko volvió a casa le conté todo y le pregunté quiénes eran en realidad esos tipos. Me explicó que ella vino a España huyendo de un grupo mafioso con el que su

familia tenía cuentas pendientes en Islandia, pero que de alguna manera la encontraron en Sevilla y le ofrecieron saldar la deuda pendiente trabajando para ellos.

- Debíamos mover el dinero, generarlo para luego gastarlo para después volverlo a obtener. Esa era nuestra misión, bien sencilla. Y el proyecto estaba escrito y el proyecto se cumplía – me explicó. – Pero un día las cosas fueron demasiado lejos – sacó de una carpeta el recorte de un periódico y leyó – “Líquenes bajo la piedra fueron hallados esta mañana después de que el primer mondadientes ardiendo diera acción al temporizador de la bomba casera encontrada en el vestíbulo de la estación. Lo primero que ardió fue el colchón de un vagabundo. Después, la estación al completo ha restallado en un destrozo inaudito. Veinte demoliciones juntas incidiendo sobre un mismo punto”. Después de esto decidí huir, abandonar Sevilla y pasar una temporada en Madrid, una ciudad más grande donde quizá me resultara más fácil esconderme. Tenía la esperanza de que si seguían mi pista hasta Madrid pensarán que había abandonado el país – hizo una pausa. Miró por la ventana y siguió hablando, pero como si se hubiera olvidado de mi presencia – El país de nacimiento, como el nombre propio, es algo aleatorio y determinante. Pero una también puede cambiar de nombre. Y hasta de lengua madre, o al menos puede contaminarla con distintas capas de otras lenguas hasta inventar una nueva – Como puede verse, no fueron sólo sus atributos nórdicos y su constelación de lunares lo que me enamoró de Aniko. Y añadió: – Ahora que conozco las primaveras de las dos ciudades, Sevilla y Madrid, no sé por cuál optar. Sevilla en primavera está inauditamente poblada por las noches, gente elegante cruza las avenidas, violentamente el cirio llena el aire, el cirio y la flor, la flor y el cirio. Los días son interminables y la luz, como siempre, cegadora. Madrid, en cambio, simplemente se desvuleve y se desafloja. Tiene los mejores atardeceres y las

noches más grandes, en tiempo y en espacio. Bien: primaveras exquisitas ambas, en todo caso.

Terminó de conquistarme. Ante tantos lunares y tanta poesía no pude negarme cuando, al día siguiente, me pidió un favor.

– Marion, necesito tu ayuda.

Me explicó su plan. Pensé que podría funcionar. Pensé que por Aniko sería capaz de hacer cualquier cosa, incluso si era algo tan descabellado como aquello. Cualquier cosa con tal de irme con ella. “ El país de nacimiento, como el nombre propio, es algo aleatorio y determinante. Pero una también puede cambiar de nombre. Y hasta de lengua madre”. Así que, qué importaba Sevilla o Madrid, Islandia o España. Cualquier lugar sería bueno si allí estaba Aniko.

Ese día, en la oficina, un hombre llevó en efectivo una considerable suma. Yo contaba con el favor de mi jefe, así que me dejó que me ocupara sola de hacer el ingreso en el banco a la mañana siguiente. Pero esa misma tarde, al salir de la inmobiliaria, bajé la calle Desengaño, entré en la tienda de productos químicos Riesgo y aboné la cantidad correspondiente a veinte gramos de etilenglicol, un compuesto químico muy tóxico utilizado en el revelado de fotos. A continuación me dirigí a la dirección que Aniko me había anotado en un papel. Era un edificio en la calle Valverde, un antiguo palacete llamado Casa Tangora que en los años 50 había sido dividido en “apartamentos” por la familia propietaria. Había una fiesta en alguno de los pisos, se oía música y gente entrando y saliendo constantemente por el portal. Mal asunto, demasiados testigos. En el portal me encontré un gran espejo y pude ver mi cara ensombrecida por los nervios. Subí

en ascensor hasta el cuarto piso y al llegar a su puerta descubrí con sorpresa que Leopoldo utilizaba como tapadera una consulta de dentista. Llamé al timbré y esperé pero no pasó nada. Golpée la puerta con el puño y grité:

– ¡Leo! ¡Ábreme! ¡Que sé que estás ahí!

Desde el otro lado de la puerta Leopoldo preguntó por la persona que me enviaba hasta él. Aniko. Y como si de una contraseña se tratase la puerta se abrió. Cuando le dije que venía a saldar la deuda de Aniko y le enseñe el dinero, me invitó a pasar. El piso, arquetípicamente madrileño, tenía el suelo crujientemente entarimado y desde la ventana del salón se veía perfectamente el neón de la Schweppes. Tal y como Aniko había previsto me invitó a cenar. “Es un mafioso, pero también un perfecto caballero y anfitrión”, me había dicho. Acepté la invitación. Entonces le llamaron al móvil y se encerró en su despacho, momento que aproveché para ir a la cocina – una cocina con galería interior acristalada – y echar en la cena el etilenglicol. Había gazpacho.

Gazpacho letal.

Me disculpé aduciendo alergia al tomate con el fin de no probar gazpacho, pero él se puso hasta los ojos, el muy cochino. Cuando estuvo profusamente indispuerto, sonó el tiembre.

– ¡Leo! ¡Te estamos esperando!

El corazón me batía. ¿Podría escaparme por la ventana? No, me verían saltar por el patio todos esos invitados estúpidos. Pero tenía que volar de ahí como fuera. Ya no podía quedarme más. Huí llevándome conmigo el dinero. El coche de Leopoldo estaba en el

garaje, era un Seat 1430 de color café con leche que desde ese momento me pertenecía. Aniko me estaba esperando a la altura de Cibeles y se subió al coche. Todo estaba saliendo tan bien, que a veces me pregunto en qué momento pegué el volantazo. El mundo se puso del revés en cuestión de un segundo y entré en contacto con una constelación de dolor que hasta entonces me había sido desconocida. Como si el sistema nervioso hubiera descubierto un nuevo territorio. Había que hacerle un hueco en el mapa, había que, a partir de ahora, hacer hueco a un montón de violentas sensaciones. Y si podía afirmar algo sobre mi estado era que tenía las piernas hechas polvo. Me dolían terriblemente. Además me estaba desangrando: un hilillo de sangre me corría por la comisura derecha.

Entre el amasijo de hierros en que se había convertido el coche logré girarme hacia Aniko, que había sufrido un golpe espectacular en el lado derecho de su cabeza. ¿Estaba muerta?

– Escucha, Aniko, dime algo. Háblame. Estamos vivas.

Aparté el pelo empapado de sudor y sangre de uno de los lados de su frente. Fue un gesto de terrible desesperación.

– Joder, joder. Mierda.

Aniko no decía nada. Aniko se negaba a reaccionar por más que la agitaba. Aniko estaba muerta y yo estaba consumida por una desesperación y un dolor que en su sola magnitud me tuvieron ocupada hasta que oí el sonido de la sirena de la ambulancia.

Mientras era trasladada al hospital tuve un sueño: el sueño de desaparecer. Esfumarme. Salir de allí y no volver nunca.

“La ciudad de nacimiento, como el nombre propio, es algo aleatorio y determinante. Pero una también puede cambiar de nombre. Y de ciudad”.

Soñé que me mudaba a una ciudad más pequeña y desconocida, lejos de la inmobiliaria y de los secuaces de Leopoldo, con la que nada me unía pero que parecía el mejor sitio para olvidarme de Aniko.

Una ciudad luminosa a la que llamaremos África.